

## ***Evangelii gaudium: pastoral en el mundo actual***

*Jesús Moreno Led*

*Facultad de Teología “San Pablo”, Cochabamba (jubilado)*

*Universidad Católica Boliviana*

*jemoled@gmail.com*

### **Resumen**

En nuestra sociedad laica, indiferente ante la fe, pluralista, la Iglesia es urgida a ofrecer a Jesús y su Evangelio examinando y asumiendo los signos de los tiempos y sus consecuencias. Debe superar una pastoral de pura conservación y mantenimiento por una pastoral misionera de una “Iglesia en salida”, según la expresión del Papa Francisco. Una Iglesia misionera abierta al mundo actual. Presentamos el tema guiado por la Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* de Francisco.

### **Palabras clave**

Iglesia en salida – esperanza – mundo de hoy – conversión pastoral

### **Abstract**

In our lay society, indifferent to faith and pluralistic, the Church is urged to offer Jesus and his Gospel examining and taking on board the signs of the times and their consequences. The Church must overcome a pastoral approach of conservation and maintenance for a missionary pastoral approach of a “Church that goes forth”, as expressed by Pope Francis. A missionary Church open to our contemporary world. This theme is presented guided by Pope Francis’ Apostolic Exhortation *Evangelii gaudium*.

### **Key words**

A Church that goes forth – hope – today’s world – pastoral conversion

*La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. En esta Exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos, para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años (EG 1)<sup>1</sup>.*

## **1. Punto de partida**

Gozo, en nuestro lenguaje habitual, dice más que alegría. Aunque, ciertamente, la usamos menos en nuestro hablar diario. Este mismo dato nos puede indicar la diferencia entre alegría y gozo, a favor del gozo. La alegría, una excelente actitud humana, puede ser superficial, pasajera, exterior. El gozo, no. El gozo nos lleva a una actitud más profunda, incluso compatible con el dolor. Es un sentimiento profundo, bien enraizado, bien motivado. Es la alegría que habita en el corazón, en el interior del ser humano, allí donde se vive el sentido de la vida, de la existencia; allí donde no hay nada postizo o superficial.

Esta es la actitud interior, gozosa, que quiere transmitir a la Iglesia de hoy el Papa Francisco en su Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*. Es la alegría del Evangelio que “llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús”. Es decir, el “gozo” del Evangelio. El “gozo” que “nace y renace” del encuentro con Jesús. Solo de este encuentro puede surgir “una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría. Por ese

---

<sup>1</sup> FRANCISCO, “Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*” (24.11.2013), Lima 2013.

gozo que nos lleva a buscar, “indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años”.

Este gozo alegre, esta alegría gozosa, base imprescindible para que el cristiano llegue a ser discípulo misionero, se encuentra hoy con una situación diferente, muy distinta a la de hace unos cuantos años en nuestro mundo. El Papa nos lo quiere recordar desde el principio de su Exhortación. Define esta situación como “una tristeza individualista” (EG 2). Tristeza como opuesta a la alegría, gozo, del Evangelio, de Jesús. Tristeza individualista que, “alentada con su múltiple y abrumadora oferta de consumo [...] brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada” (EG 2). Y describe esta situación con palabras muy duras; en ella “ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien” (EG 2). Nos advierte, además, que “los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente. Muchos caen en él” (EG 2). Para terminar con la grave advertencia de que tal tristeza nos incapacita para la evangelización: “Ésa no es la opción de una vida digna y plena, ése no es el deseo de Dios para nosotros, ésa no es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo resucitado” (EG 2).

Esta descripción papal quiere ser un acercamiento al aspecto moral de la persona actual considerada individualmente, pero siempre influida por el ambiente cultural que le rodea. Este aspecto moral de gran parte de la humanidad actual, más presente en los países enriquecidos y que está avanzando en los países empobrecidos, tiene su origen en una situación cultural que es ideológicamente plural; religiosamente indiferente y con

muchas ofertas religiosas distintas; científicamente orgullosa de su progreso (también humillada con el Covid 19 y otros fracasos y limitaciones); confiada en su poder para ir dominando las carencias de la humanidad.

Esto, entre otras causas, ha dado origen a la llamada “laicidad” de los Estados, a una sociedad laica, es decir, la independencia y desvinculación del Estado de cualquier religión, en el sentido de que ninguna religión es oficial en un Estado o nación. La Iglesia Católica, en la mayoría de las naciones, aun en los de larga tradición cristiana, ha aceptado esta nueva situación del mundo e intenta situar su pastoral en este nuevo contexto. Solo pide el respeto al derecho de la libertad religiosa.

Asumida esta situación, nos encontramos con un aspecto muy positivo en la decisión libre y razonada de la opción personal de fe. Ya no se es cristiano (el ámbito religioso en el que nos movemos) por haber nacido en tal lugar, en tal país, por tradición familiar, por rutina histórica, por el ambiente cultural, etc... Hoy el camino es la opción personal de la fe, ayudada y acompañada por una comunidad cristiana, por la parroquia y sus medios pastorales, por la familia, por el testimonio de otros cristianos, por el círculo de amistad en que nos movemos, etc... Para llegar a una opción personal lo más libre y auténtica posible.

Esta parece que es la apreciación de Francisco cuando nos dice, también al comienzo de su Exhortación: “Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso” (EG 3).

No obstante, esta sociedad, ideológicamente plural y religiosamente indiferente, ha encontrado a la Iglesia en muchos países de tradición cristiana en una situación de “Iglesia de Cristiandad” con su “Pastoral de Cristiandad” en medio de un mundo no cristiano que necesita una pastoral distinta. Ha encontrado, en no pocos lugares, una Iglesia dormida entre laureles y cerrada a todo viento renovador.

La Iglesia de Cristiandad con su pastoral propia, asumida acríticamente, se fundamenta en la identificación de la nación con una determinada religión, en nuestro caso la católica. La enseñanza y educación civil incluía la educación y enseñanza religiosa católica. Las fiestas religiosas eran también fiestas civiles o nacionales. En pastoral se pensaba, y esto creo que es lo más grave, que el pueblo era evangelizado por los acontecimientos sociales en su vertiente religiosa, por las fiestas y tradiciones religiosas. La catequesis, reducida a lo mínimo, solo pensaba en la preparación para los sacramentos, aceptados prácticamente por todos. Los sacramentos se “administraban” y se “recibían” por tradición, no se “celebraban”. El alimento espiritual más fuerte eran las devociones a advocaciones del Señor, de la Virgen María y de los Santos, todos muy “milagrosos”. El cultivo e insistencia en las devociones, incluido el Rosario, parecía suficiente para conservar la tradición de la fe.

Algunos, por pereza espiritual, teológica o pastoral, todavía no aceptan que vivimos en un mundo diferente. Siguen actuando de espaldas a la realidad con una actitud defensiva y condenatoria, creyendo que solo así se protege la fe. Incluso pretenden y defienden que la sociedad, incluidos los campos de la política y de la cultura, siga escuchando en todo a la Iglesia.

Una Iglesia que, según ellos, tiene toda la verdad, cambien o no cambien los tiempos.

Sin embargo, es evidente que la sociedad ya no transmite (¿transmitió alguna vez?) principios cristianos. Ni escucha de modo significativo a la Iglesia. Es un proceso que, desde los siglos XVIII-XIX, no ha dejado de avanzar y en el siglo XXI se ha instalado definitivamente la laicidad en la mayoría de las sociedades, especialmente las de tradición cristiana.

No podemos concluir esta breve descripción sin hacer referencia a tantas personas, laicos, sacerdotes y religiosos, instituciones religiosas, obras de generosidad gratuita y de servicio humano surgidas del corazón de la Iglesia, etc., que fueron testimonio valiente hasta entregar la vida o humilde de la fe en Cristo. Fuera cual fuera el ambiente cultural en el que vivían. No olvidaron la novedad que es siempre el Evangelio, fueron a lo esencial de la fe y de la vida cristiana, hasta el martirio. Gracias a todos ellos, y a la presencia actuante del Espíritu Santo, la Iglesia ha sido fiel a su Señor con la santidad y debilidad de sus hijos.

Esta nueva sociedad, con su enriquecedor pluralismo ideológico en diálogo, con su diferente percepción de la cuestión del sentido de la vida y con una actitud religiosa que va desde el interés al olvido o rechazo, pasando por la indiferencia, es la que existe y en la que vivimos. Y hemos de enfrentarla positivamente, con mucho respeto y servicio cristiano. El aislamiento intelectual y efectivo de esta situación nos puede llevar o nos lleva a una situación, que roza lo ridículo, de “responder a preguntas que nadie se hace” (EG 155), ni nos hace. O, como dicen otros muchos y aplicado a temas generales,

no únicamente religiosos: no se pueden dar respuestas de ayer a problemas de hoy. Algo que sucede en estructuras pastorales muy asentadas cuya finalidad se centra en conservar lo que hay en la Iglesia, olvidando lo que surge en el mundo. La Iglesia debe discernir esa situación, los signos de los tiempos, para llevarle la persona y el mensaje de Jesús, el Evangelio. Cuando la Iglesia, los cristianos, no hacemos esto, corremos más que el riesgo de anular la fuerza sanante, propositiva y salvadora de Jesús y su Evangelio.

Esta situación del mundo y de la Iglesia, que no es de hoy, nos debe llevar a una pastoral abierta, humilde y fuerte espiritualmente, de ofrecer limpia y propositivamente nuestro tesoro y centrarnos en lo esencial de la misión evangelizadora de la Iglesia: la adhesión a Cristo con una fe madura y llena de alegría en una Iglesia fraterna y abierta al mundo y sus valores, así como a sus inquietudes y búsquedas.

En este contexto situó *Evangelii gaudium* del Papa Francisco. Contexto que él describe así:

La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del “siempre se ha hecho así”. Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades. Una postulación de los fines sin una adecuada búsqueda comunitaria de los medios para alcanzarlos está condenada a convertirse en mera fantasía. Exhorto a todos a aplicar con generosidad y valentía las orientaciones de este documento, sin prohibiciones ni miedos. Lo importante es no caminar solos, contar siempre con los hermanos y especialmente con

la guía de los obispos, en un sabio y realista discernimiento pastoral (EG 33).

Llama poderosamente la atención su llamada “a todos a ser audaces y creativos en esta tarea [...] una búsqueda comunitaria [...] generosidad y valentía [...] sin prohibiciones ni miedos” (EG 33). Todo para llegar a “la pastoral en clave de misión”, que supone un cambio teológico, espiritual, encarnado en la realidad a evangelizar, que hoy llamamos en la Iglesia “Pastoral Misionera” como contrapuesta a “Pastoral de Cristiandad”.

Una pastoral abierta, humilde, limpia y propositiva que se centra en lo esencial de la misión evangelizadora de la Iglesia: la adhesión a Cristo, que he escrito antes teniendo en cuenta este clarividente texto de *Evangelii gaudium*:

Una pastoral en clave misionera no se obsesiona por la transmisión desarticulada de una multitud de doctrinas que se intenta imponer a fuerza de insistencia. Cuando se asume un objetivo pastoral y un estilo misionero, que realmente llegue a todos sin excepciones ni exclusiones, el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante (EG 35).

La realidad eclesial y social, la propia experiencia pastoral, reflexionadas y oradas, nos conducen a una actualización de la pastoral. Por el contrario, la pereza teológica, espiritual y pastoral, el fracaso como derrota definitiva y desesperanzadora, nos llevan a hacer siempre lo mismo y a culpabilizar a la sociedad, al ambiente. Nunca a nuestra pereza, rutina y pecados personales y de la Iglesia.

Francisco no nos ofrece un tratado ni una clase magisterial de pastoral. Sí nos ofrece, en mi opinión, un proyecto espiritual y teológico de pastoral para nuestro tiempo. Expuesto con la fe de un enamorado, con la esperanza del Espíritu, con el amor de Cristo a su Esposa, la Iglesia.

*Evangelii gaudium* no es un objeto volador no identificado (OVNI) bueno y bien venido, sino que es un paso más en el caminar de la Iglesia que quiere ser fiel al mandato de Jesús. Un paso dado con el talante, la espiritualidad, la viveza, el vocabulario del Papa Francisco que conecta directamente con el Concilio Vaticano II y con San Pablo VI y su Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, de la que *Evangelii gaudium* es como continuación de un texto que, por otra parte, sigue tan vivo y actual como en 1975, año de su publicación. Sin olvidar la “Nueva Evangelización” de San Juan Pablo II. Expresión que va siendo olvidada por su significado no del todo claro. Y su Encíclica *Redemptoris Missio* (1990), presente en el espíritu de *Evangelii gaudium*.

Este artículo no es una visión y reflexión amplia y completa de la pastoral en la *Evangelii gaudium*, sino de un sencillo aporte sobre la pastoral de la Iglesia en una cultura de laicidad y no de cristiandad. Sencillo por mi parte, pero muy profundo del Papa Francisco. Ojalá estimule a algún lector o lectora a ampliar y profundizar otros temas, más que importantes en la pastoral, y a los que en este escrito no podemos llegar. Me parecen fundamentales los temas de “ir a lo esencial”, “adhesión a Jesús”, “los laicos”, la religiosidad popular, y otros muchos. Por ejemplo, el tema de los pobres: “Hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres. Nunca

los dejemos solos” (EG 48); la comunión y la sinodalidad; la justicia, la liturgia, “la dimensión social de la evangelización... porque, si esta dimensión no está debidamente explicitada, siempre se corre el riesgo de desfigurar el sentido auténtico e integral que tiene la misión evangelizadora” (EG 176).

Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Repito aquí para toda la Iglesia lo que muchas veces he dicho a los sacerdotes y laicos de Buenos Aires: prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: “¡*Dadles vosotros de comer!*” (Mc 6,37) (EG 49).

## **2. No hay naciones católicas**

En mis clases de teología, a tiempo y a destiempo, con fuerza o de pasada, afirmaba: “No hay naciones católicas”. Algo evidente. Algunos alumnos, jóvenes, ponían cara de no creérselo. “Padre, Bolivia es católica, aunque haya otros grupos religiosos”. No, hermano. En Bolivia, como en otras

muchas naciones, hay católicos; pero la nación, el Estado, los Gobiernos no son católicos. En una nación hay lugar para todas las religiones y ateísmos. Creyentes o ateos somos las personas, no las sociedades, ni las naciones.

Un día, un alumno se me acerca y me dice: “Padre, es verdad: Bolivia no es católica”. Y se fundaba en hechos violentos de hacía unos días que “unos católicos no lo habrían hecho”. Y eran, oficialmente católicos. No se refería, por tanto, a pecados que todo católico puede cometer porque somos débiles. Hablaba del ambiente, de lo que se vivía, del “aire” que se respiraba.

Era un gran paso para él hacer esa afirmación desde la vida. A partir de entonces ya sabía que la pastoral de la Iglesia, y su pastoral personal, debía cambiar. Su misión ya no era conservar lo que había, sino transformar las personas y la realidad, sin dar por supuesto que aquellos a los que fuera enviado, todos, eran católicos, aunque estuvieran bautizados.

A partir de aquí, nos dejamos llevar de la mano de Francisco. Primero con una constatación básica para una pastoral misionera.

Estamos en una situación nueva, aunque ya cumpla muchos años, incluso “en países de antigua tradición cristiana”. Esta nueva situación nos lleva, si queremos ser lúcidos, “a reconocer que «es necesario mantener viva la solicitud por el anuncio» a los que están alejados de Cristo, porque ésta es la tarea primordial de la Iglesia. La actividad misionera representa aún hoy día el mayor desafío para la Iglesia y la causa misionera debe ser la primera” (EG 15).

Nuestra sociedad secularizada e individualista, interpretada desde la fe, nos provoca y nos lanza a redescubrir que:

La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás”. [...] “Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión (EG 10).

El tiempo actual y nuestros contemporáneos nos apremian a poner, en el primer lugar de nuestro compromiso pastoral, la esperanza teológica que reverdece para Francisco en que

un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral. Recobremos y acrecentemos el fervor, la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas [...] Y ojalá el mundo actual –que busca a veces con angustia, a veces con esperanza– pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo (EG 10).

Esta esperanza alegre, esta alegría por la esperanza, parte de un fundamento seguro e inalterable:

la obra es ante todo de Él, más allá de lo que podamos descubrir y entender. Jesús es “el primero y el más grande evangelizador”. En cualquier forma de evangelización el primado es siempre de Dios [...]. En toda la vida de la Iglesia debe manifestarse siempre que la iniciativa es de

Dios, que “*Él nos amó primero*” (1 Jn 4,19) y que “es Dios quien hace crecer” (1 Co 3,7). Esta convicción nos permite conservar la alegría en medio de una tarea tan exigente y desafiante que toma nuestra vida por entero (EG 12).

Estas afirmaciones nos llevan a recobrar algo que estuvo mucho tiempo olvidado en la pastoral ordinaria de la Iglesia: su carácter misionero. No solo en la misión *ad gentes*, que la Iglesia nunca olvidó y siempre ejerció, sino en la pastoral de cada día en un mundo pluricultural y secularizado. Pensando ingenua o interesadamente que vivíamos en un “mundo cristiano”, dejamos de ser misioneros para convertirnos en mantenedores y funcionarios de una estructura religiosa pesada y fija, con poco espíritu y mucha carga de preceptos y normas morales y externas que no solo no llegan al corazón ni a la vida, sino que pueden ser cargas insostenibles para espíritus críticos o sencillos (cf. Mt 23,4). O podemos convertirnos también en repetidores de doctrinas que nada aportan a la vida de la persona de hoy. “Recordemos que nunca hay que responder preguntas que nadie se hace” (EG 155).

### **3. Signos de una sociedad y cultura plurales**

Que no estamos en una sociedad cristiana lo describe el Papa en el segundo capítulo de la exhortación: “En la crisis del compromiso comunitario” (EG 50-75). Y lo hace con “la mirada del discípulo misionero, que se alimenta a la luz y con la fuerza del Espíritu Santo” (EG 50). Su mirada es “una mirada pastoral [...] en algunos aspectos de la realidad que pueden detener o debilitar los dinamismos de renovación misionera de la Iglesia” (EG 51). Nos detenemos, en primer lugar, en los

signos culturales que afectan también directamente a la Iglesia y su misión pastoral.

No sin antes recordar con el Papa que: “Evangelizamos también cuando tratamos de afrontar los diversos desafíos que puedan presentarse” (EG 61). No sólo “evangelizamos también”, sino que es necesario afrontar los desafíos actuales para una pastoral propia del siglo XXI, como han hecho siempre, en su tiempo, los mejores evangelizadores y pastores en la historia de la Iglesia.

Hace una fotografía realista sobre los signos que indican que nuestra sociedad no es cristiana. Son signos que indican que el mensaje evangélico no ha cuajado en nuestra sociedad: “la mayoría de los hombres y mujeres de nuestro tiempo vive precariamente el día a día, con consecuencias funestas... La alegría de vivir frecuentemente se apaga, la falta de respeto y la violencia crecen, la inequidad es cada vez más patente” (EG 52). “Una economía de la exclusión y la inequidad [...] mata [...]. Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar [...]” (EG 53). “Se ha desarrollado una globalización de la indiferencia” (EG 54). “Una de las causas de esta situación se encuentra en la relación que hemos establecido con el dinero [...] su predominio sobre nosotros y nuestras sociedades [...]” nos lleva a “¡la negación de la primacía del ser humano!” y al “fetichismo del dinero” (EG 55). Como consecuencia “los intereses del mercado divinizado, convertidos en regla absoluta” (EG 56).

Continúa profundizando Francisco en esta descripción: “Tras esta actitud se esconde el rechazo de la ética y el rechazo de Dios. La ética [...] se la siente como una amenaza, pues

condena la manipulación y la degradación de la persona [...] Dios es incontrolable, inmanejable, incluso peligroso, por llamar al ser humano a su plena realización y a la independencia de cualquier tipo de esclavitud” (EG 57). La violencia es otro de los signos negativos que presenta el Papa como consecuencia, no como causa, de la situación: “Hasta que no se reviertan la exclusión y la inequidad dentro de una sociedad y entre los distintos pueblos será imposible erradicar la violencia [...]. Esto no sucede solamente porque la inequidad provoca la reacción violenta de los excluidos del sistema, sino porque el sistema social y económico es injusto en su raíz” (EG 59). Y lleva a un fenómeno realmente grave: “ese cáncer social que es la corrupción profundamente arraigada en muchos países –en sus gobiernos, empresarios e instituciones– cualquiera que sea la ideología política de los gobernantes” (EG 60).

Un factor que incide directamente en la pastoral evangelizadora de la Iglesia y que el Obispo de Roma califica de “desafíos” son los “ataques a la libertad religiosa” o “nuevas situaciones de persecución a los cristianos”. Pero sobre todo “una difusa indiferencia relativista, relacionada con el desencanto y la crisis de las ideologías” (EG 61). Esta indiferencia es el principal obstáculo que más influye en la falta de deseo o de interés por buscar un sentido a la vida, que es el “plano” en el que actúa la Iglesia y que es lo que menos preocupa, busca y ansía la superficialidad, y la increencia de nuestra sociedad actual. Por eso, “en la cultura predominante, el primer lugar está ocupado por lo exterior, lo inmediato, lo visible, lo rápido, lo superficial, lo provisorio. Lo real cede el lugar a la apariencia” (EG 62). Muchos de estos desafíos surgen del “proceso de secularización [que reduce] la fe y la Iglesia al ámbito de lo

privado y de lo íntimo [...] una creciente deformación ética, un debilitamiento del sentido del pecado personal y social [...] una forma de relativismo moral [...] una tremenda superficialidad a la hora de plantear las cuestiones morales” (EG 64).

También nos encontramos con desafíos de tipo religioso que nos reclaman una reacción evangelizadora renovada y convertida. Francisco nos señala algunos. “La fe católica de muchos pueblos se enfrenta hoy con el desafío de la proliferación de nuevos movimientos religiosos, algunos tendientes al fundamentalismo y otros que parecen proponer una espiritualidad sin Dios” (EG 63). Aspecto totalmente diferente, aunque también hay que valorarlo y discernirlo, al de la existencia de grandes religiones con las que estamos llamados a contribuir para la convivencia fraterna y la paz social en el mundo. Algo que Francisco trabaja de modo extraordinario desde el respeto, el diálogo y la colaboración.

No olvida Francisco, entre los desafíos pastorales, uno que todavía tiene mucha presencia entre nosotros. Es fruto de la pereza o de la rutina de funcionario religioso que aporta un serio problema a nuestra Iglesia y que debemos reconocerlo: “si parte de nuestro pueblo bautizado no experimenta su pertenencia a la Iglesia, se debe también a la existencia de unas estructuras y a un clima poco acogedores en algunas de nuestras parroquias y comunidades o a una actitud burocrática para dar respuesta a los problemas, simples o complejos, de la vida de nuestros pueblos” (EG 63). O que es fruto de una actuación pastoral propia de una Iglesia de cristiandad: “En muchas partes hay un predominio de lo administrativo sobre lo pastoral, así como una sacramentalización sin otras formas de evangelización” (EG

63). Existe hoy otro desafío que “tampoco podemos ignorar”, fruto de una pastoral conservadora y de un fuerte apoyo social: “en las últimas décadas se ha producido una ruptura en la transmisión generacional de la fe cristiana en el pueblo católico. Es innegable que muchos se sienten desencantados y dejan de identificarse con la tradición católica, que son más los padres que no bautizan a sus hijos y no les enseñan a rezar, y que hay un cierto éxodo hacia otras comunidades de fe” (EG 70).

#### **4. Tentaciones de los agentes de pastoral**

En la visión realista y empapada de esperanza del Papa, nos presenta también “algunas tentaciones que particularmente hoy afectan a los agentes pastorales” (EG 77). Estas podrán ser superadas con la mirada contemplativa y amorosa de Jesús al mundo tal como es y con esa esperanza que no decepciona, porque “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rom 5,5). Estas tentaciones frenan, obstaculizan o paralizan la alegría misionera o la pastoral evangelizadora.

Tienen este influjo negativo: “Una preocupación exacerbada por los espacios personales de autonomía y de distensión” (EG 78). “Una especie de complejo de inferioridad [...] una especie de obsesión por ser como todos y por tener lo que poseen los demás” (EG 79). Aun poseyendo “sólidas convicciones doctrinales y espirituales”, se puede naufragar buscando “un estilo de vida” que se sostiene en “seguridades económicas, o a espacios de poder y de gloria humana [...] en lugar de dar la vida por los demás en la misión” (EG 80). Este estilo burgués de vida se ha dado como base justificativa “el aprecio por diversas formas de «espiritualidad del bienestar» sin comunidad, por

una «teología de la prosperidad» sin compromisos fraternos” (EG 90).

Una tentación especialmente grave en estos tiempos de laicidad e indiferencia religiosa, es la acedia, fruto, desde mi punto de vista, de la no aceptación o no comprensión de la nueva situación cultural en que nos encontramos. Y así: “Algunos [...] quedan sumidos en una acedia paralizante” (EG 81). El origen de este problema, para Francisco, son, “sobre todo las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable. De ahí que las tareas cansen más de lo razonable, y a veces enfermen. No se trata de un cansancio feliz, sino tenso, pesado, insatisfecho y, en definitiva, no aceptado” (EG 82). Esta “acedia paralizante” se hace más fuerte y pesada al constatar la falta de respuesta al trabajo pastoral. Esto nos lleva a caer en la desilusión, la tristeza, la falta de esperanza, es decir: la acedia. Lo dice claramente Francisco en este mismo número: “El inmediatez ansioso de estos tiempos hace que los agentes pastorales no toleren fácilmente lo que signifique alguna contradicción, un aparente fracaso, una crítica, una cruz” (EG 82).

Sin caer todavía en “una acedia paralizante”, “una de las tentaciones más serias que ahogan el fervor y la audacia es la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con cara de vinagre” (EG 85). Caer en esta tentación supone el olvido del carácter pascual de nuestra fe: muerte y resurrección, cruz y gloria, dolor y alegría, fracaso y fruto. Como alguien ha dicho: “éxito” no es nombre de Dios. Sin esta conciencia pascual, todo se percibe como derrota.

Una tentación que desvía radical y negativamente la fe, la vida y la pastoral cristianas, es la llamada y repetida muchas veces por Francisco en diversas ocasiones de

la mundanidad espiritual que se esconde detrás de apariencias de religiosidad e incluso de amor a la Iglesia, [pero en realidad] es buscar, en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana y el bienestar personal. [...] Por estar relacionada con el cuidado de la apariencia, no siempre se conecta con pecados públicos, y por fuera todo parece correcto. Pero, si invadiera la Iglesia, sería infinitamente más desastrosa que cualquiera otra mundanidad simplemente moral (EG 93).

Este intento de “comulgar” con el Evangelio y el mundo, con Dios y el dinero (cf. Mt 6,24), es de una especial gravedad. Anula la fuerza salvadora y liberadora de Jesús. Sume a la Iglesia y al cristiano en la hipocresía que siempre, en el Evangelio, merece el mayor de los rechazos (cf. Mt 23) En los números 93 al 97, Francisco detalla esta grave desviación del espíritu cristiano. Y termina duramente así: “¡Dios nos libre de una Iglesia mundana bajo ropajes espirituales o pastorales! Esta mundanidad asfixiante se sana tomándole el gusto al aire puro del Espíritu Santo, que nos libera de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios. ¡No nos dejemos robar el Evangelio!” (EG 97). La mundanidad espiritual no podría robarnos nada más grave que el Evangelio y Jesús.

## **5. Signos que ayudan hoy a la pastoral evangelizadora**

Junto a estas tentaciones que nos pueden alejar de una pastoral dinámica, esperanzada, misionera, el Papa encuentra

otros signos que ayudan a la pastoral de la Iglesia y que debemos valorar, vengan de donde vengan. Porque son signos de las “semillas del Verbo”, de la actuación del Espíritu en todo el mundo. Recogemos algunos.

Un signo positivo universal, en todas naciones y culturas, es el surgimiento de “muchas formas de asociación para la defensa de derechos y para la consecución de nobles objetivos. Así se manifiesta una sed de participación de numerosos ciudadanos que quieren ser constructores del desarrollo social y cultural” (EG 67). Una situación muy propicia para que los cristianos todos –laicos, religiosos, presbíteros– participemos en estas iniciativas tan cercanas al espíritu evangélico. Nos invita a ser levadura en la masa de modo eficaz. Dar la espalda a este signo de los tiempos es alejar a la Iglesia de la realidad del mundo, apartarse de él, negarle la propuesta cristiana liberadora. Desentenderse del mundo y de la misión, en él, de la Iglesia.

También nos recuerda el Papa otro signo positivo y esperanzado. Hablamos de una sociedad postcristiana. Y creo que hablamos de algo muy real. Pero en esa sociedad, “el substrato cristiano de algunos pueblos –sobre todo occidentales– es una realidad viva. Allí encontramos, especialmente en los más necesitados, una reserva moral que guarda valores de auténtico humanismo cristiano” (EG 68). Es un signo a descubrir y valorar en una sociedad postcristiana que quiere pasar página y autodefenderse de lo cristiano. Hay esparcidas por nuestra sociedad cenizas que aún calientan y que necesitan el soplo del Espíritu, por medio de la Iglesia, para que surja la brasa que ocultan.

Junto al “sustrato cristiano”, existe también su contrario: “es cierto que en algunos lugares se produjo una «desertificación» espiritual” (EG 86). Es algo que no podemos negar y que experimentamos o sufrimos cada día. Pero nos encontramos con un signo realmente inspirador y esperanzador: “en el mundo contemporáneo, son muchos los signos de la sed de Dios, del sentido último de la vida, a menudo manifestados de forma implícita o negativa. Y en el desierto se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza” (EG 86). La fe y el Espíritu nos dan ese sentido especial para descubrir esa sed de Dios que a menudo se manifiesta “de forma implícita o negativa”. También el rechazo de Dios puede esconder una sed de Dios, que se quiere rechazar y no se puede.

Este tiempo nuestro nos ha “regalado” unas “mayores posibilidades de comunicación [que] se traducirán en más posibilidades de encuentro y de solidaridad entre todos” (EG 87). Sin nombrarlas como “redes sociales”, encontramos en este texto una valoración positiva y una llamada urgente a usar las posibilidades evangelizadoras de esas redes. Es entusiasmo lo que nos transmite el Papa:

Hoy, que las redes y los instrumentos de la comunicación humana han alcanzado desarrollos inauditos, sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria, en una santa peregrinación. De este modo, las mayores posibilidades

de comunicación se traducirán en más posibilidades de encuentro y de solidaridad entre todos. Si pudiéramos seguir ese camino, ¡sería algo tan bueno, tan sanador, tan liberador, tan esperanzador! Salir de sí mismo para unirse a otros hace bien. Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia, y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos (EG 87).

## **6. Propuestas ante esta situación**

Esta situación real de la Iglesia, y de la religión en general, que hemos descrito de la mano del Papa Francisco, nos ofrece la gran posibilidad de ir liberándonos de un esquema de relaciones Iglesia-sociedad-persona que ya no responden a la nueva realidad. Acogiendo esta nueva realidad como un *kairós*, podemos descubrir una nueva manera de situarnos y de ofrecer nuestra fe al mundo de hoy lejos de toda clase de dominio, de rutina, de burocracia, de privilegios. Estamos llamados a hacerlo presentándonos, en medio de nuestros contemporáneos, como discípulos de Jesús con sencillez, cercanía, acogiendo a todos, comenzando por los más necesitados. Con un estilo renovado de entrega, de servicio y de gratuidad, sin ninguna clase de prepotencia o superioridad, valorando todo lo que hay de bueno, justo y bello a nuestro alrededor, venga de donde venga y lo haga quien lo haga. Así podrá brotar el mejor modo de evangelizar que es el testimonio de vida de cada cristiano y de cada comunidad para que toda acción pastoral pueda ser realmente evangelizadora en la sociedad de hoy.

Presentar hoy la persona y el mensaje de Jesús “necesita necesariamente” que los agentes de pastoral y todos los cristianos hagamos “carne de nuestra carne”, que la Iglesia misionera de

Jesús está enviada a todos (cf. Mt 28,29; Mc 16,15; Lc 24,47; Hch 1,8), es para todos y debe ofrecer su tesoro a todos. Y, en la situación actual, su modo de hacerlo es el del servicio, de la humildad y del testimonio, como lo hizo el Señor. Sin ningún proselitismo ni prepotencia, sin creerse la única que tiene toda la verdad, “siempre respetuosa y amable, [...] Es el anuncio que se comparte con una actitud humilde y testimonial de quien siempre sabe aprender, con la conciencia de que ese mensaje es tan rico y tan profundo que siempre nos supera” (EG 128). La evangelización hoy debe incluir, de modo claro, la actitud de escuchar a todos, de acogerlos dejándose enseñar y aprender de ellos, aportando nuestra fe. Una Iglesia en apertura y diálogo con la sociedad que la rodea y dejándose guiar por el Espíritu Santo, que actúa dentro y fuera de la Iglesia.

Las propuestas del Papa para evangelizar en esta situación social y religiosa comienzan con una expresión, novedosa y feliz: una “Iglesia en salida” (EG 46). Expresión que recoge el aspecto fundamental del ser y vivir de la Iglesia: su carácter misionero, tan olvidado por la “Iglesia de cristiandad”: “Id [salid] y haced discípulos entre los habitantes de todas las naciones” (Mt 28,19). La Iglesia, ya “plantada” y establecida en cualquier lugar está llamada a ser la casa “con las puertas abiertas para que, cuando [el hijo pródigo] regrese, pueda entrar sin dificultad” (EG 46). “La Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre” (EG 47).

Constatados los desafíos actuales a la misión evangelizadora de la Iglesia, “todos somos llamados a esta nueva «salida» misionera [...]. Todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las

periferias que necesitan la luz del Evangelio” (EG 20). Esta es la “Iglesia en salida”, “fidel al modelo del Maestro”. Por eso “es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo” (EG 23). La Iglesia en salida “sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos” (EG 24).

Ser “Iglesia en salida” evangelizadora necesita, en primer lugar, de *una mirada contemplativa*, creyente, positiva. La mirada de Jesús<sup>2</sup> y de los profetas<sup>3</sup> a todo lo que nos rodea, especialmente al ser humano, es siempre una mirada positiva, acogedora, estimulante, transmite confianza. Una mirada con una triple contemplación. La primera, a Jesús en el otro: “Se trata de aprender a descubrir a Jesús en el rostro de los demás, en su voz, en sus reclamos” (EG 91). La segunda, a Jesús con y en nosotros: “También es aprender a sufrir en un abrazo con Jesús crucificado cuando recibimos agresiones injustas o ingratitudes, sin cansarnos jamás de optar por la fraternidad” (EG 91). La tercera nos llevará a “una fraternidad mística, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano [...] que sabe abrir el corazón al amor divino para buscar la felicidad de los demás como la busca su Padre bueno” (EG 92).

---

<sup>2</sup> “Y vio una gran multitud y tuvo compasión de ellos” (Mc 6,34). “Jesús le miró con cariño” (Mc 10,21). “Pero Jesús, volviéndose y mirándola, dijo: «Ten ánimo, hija»” (Mt 9,22). “Vuelto el Señor, miró a Pedro, y recordó... Y, saliendo fuera, lloró amargamente” (Lc 2, 61-62).

<sup>3</sup> “No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis? Abriré un camino en el desierto, corrientes en el yermo” (Is 43,18-19).

Solo desde una mirada contemplativa podremos descubrir lo que se opone al Evangelio y gozar de los signos y realidades que hacen presente el Evangelio en nuestro mundo. “Además, la mirada creyente es capaz de reconocer la luz que siempre derrama el Espíritu Santo en medio de la oscuridad” (EG 84).

El Papa aplica esa mirada contemplativa, no solo a las personas, sino también a dos ambientes culturales en los que habitan: “Necesitamos reconocer la ciudad desde una mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas. La presencia de Dios acompaña las búsquedas sinceras que personas y grupos realizan para encontrar apoyo y sentido a sus vidas” (EG 71). Mirada contemplativa que debe llegar, asimismo, a “los ambientes rurales [que] por la influencia de los medios de comunicación de masas, no están ajenos a estas transformaciones culturales que también operan cambios significativos en sus modos de vida” (EG 73). Porque es en las ciudades “donde se gestan los nuevos relatos y paradigmas”, estamos llamados a “alcanzar con la Palabra de Jesús los núcleos más profundos del alma de las ciudades”. Y debemos, por tanto, “vivir a fondo lo humano e introducirse en el corazón de los desafíos como fermento testimonial, en cualquier cultura, en cualquier ciudad”, ya que esta actitud “mejora al cristiano y fecunda la ciudad” (EG 75).

La mirada contemplativa fortalece, no solo el trabajo pastoral, sino también la posibilidad, que nos trae además paz y serenidad interior, de comprender y agradecer

que el aporte de la Iglesia en el mundo actual es enorme.  
Nuestro dolor y nuestra vergüenza por los pecados de

algunos miembros de la Iglesia, y por los propios, no deben hacer olvidar cuántos cristianos dan la vida por amor [...] o se entregan de muchas otras maneras que muestran ese inmenso amor a la humanidad que nos ha inspirado el Dios hecho hombre [...] tantos cristianos que ofrecen su vida y su tiempo con alegría (EG 76).

Respetando la humildad de “que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha” (Mt 6,7) y de reconocer sencillamente, cuando sea necesario, lo bueno que ha hecho la Iglesia. Eso también es humildad.

Propuesta básica del proyecto pastoral de Francisco es, sin duda, *la conversión pastoral*. Una propuesta que, como las dos anteriores, necesitan una verdadera reflexión, que no podemos hacer en este artículo, para ir asumiéndola. Más que definir la conversión pastoral, el Papa la describe con detalles y llamadas concretas que bebe de que: “los Obispos latinoamericanos afirmaron que ya «no podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos» y que hace falta pasar «de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera». Esta tarea sigue siendo la fuente de las mayores alegrías para la Iglesia” (EG 15). Al ser fuente de “mayores alegrías”, todos estamos llamados a “avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están. Ya no nos sirve una «simple administración». Constituyámonos en todas las regiones de la tierra en un «estado permanente de misión»” (EG 25).

La conversión pastoral tiene relación directa “con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial

se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual”. No busca “la autopreservación” de la Iglesia frente al mundo actual ni “una especie de introversión eclesial” –como dijo San Juan Pablo II y recuerda Francisco–. De ahí que

la reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad (EG 27).

Vuelvo a recordar que la conversión pastoral implica “abandonar el cómodo criterio pastoral del «siempre se ha hecho así»” y pasar “a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades” (EG 33).

En esta sociedad secularizada e indiferente religiosamente, en la Iglesia

necesitamos crear espacios motivadores y sanadores para los agentes pastorales, lugares donde regenerar la propia fe en Jesús crucificado y resucitado, donde compartir las propias preguntas más profundas y las preocupaciones cotidianas, donde discernir en profundidad con criterios evangélicos sobre la propia existencia y experiencia, con la finalidad de orientar al bien y a la belleza las propias elecciones individuales y sociales (EG 77).

“Espacios motivadores y sanadores” son una necesidad humana y espiritual especialmente cuando la acedia, la tristeza vital, la falta de esperanza nos acechan desde una sociedad

a la que no interesa buscar ningún sentido a la vida, sino la satisfacción inmediata y total de sus deseos. Es una clara llamada a la formación permanente que revisa la vida pastoral desde la Palabra de Dios y la oración, los signos de los tiempos, la escucha de los hermanos, el discernimiento y lleva a una vida renovada de mayor entrega y disponibilidad al servicio de la evangelización del mundo desde la parcela en que cada uno desarrolla su misión eclesial. También intuimos en este texto una llamada a la sinodalidad, que Francisco ha colocado en el centro de la renovación, conversión, de la Iglesia y de todos sus miembros.

La “Iglesia en salida”, la “mirada contemplativa”, la “conversión pastoral” y los “espacios motivadores y sanadores” necesitan una base y un fin para que puedan ir abriéndose paso. Una base donada por Dios y cultivada por el cristiano; un fin nunca llegado a su plenitud para seguir caminando siempre hacia él. Esta base o punto de partida y este fin es *la comunión fraterna*, el amor entre todos los cristianos, que nos lleve al testimonio que provoque el “mirad-cómo-se-aman”: “A los cristianos de todas las comunidades del mundo, quiero pedirlos especialmente un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente. Que todos puedan admirar cómo os cuidáis unos a otros, cómo os dais aliento mutuamente y cómo os acompañáis” (EG 99). “Los que están heridos por divisiones históricas [...] si ven el testimonio de comunidades auténticamente fraternas y reconciliadas, eso es siempre una luz que atrae” (EG 100).

En definitiva, la pastoral misionera ha de responder adecuadamente a la realidad de una sociedad secularizada y

resistente o indiferente a lo religioso. Es entrar, una vez más, en la dinámica del misterio de la encarnación del Señor. El Señor encarnado en un tiempo, en un lugar, en una cultura, en un ambiente concreto de fe y su actuación encarnada en esas coordenadas de tiempo y espacio es el espejo en el que mirarnos para seguir sus huellas poniéndonos detrás de Él (cf. Mt 16,23). Porque “la realidad es superior a la idea [...]. El criterio de realidad, de una Palabra ya encarnada y siempre buscando encarnarse, es esencial a la evangelización. Nos lleva, por un lado, a valorar la historia de la Iglesia como historia de salvación [...] sin pretender elaborar un pensamiento desconectado de ese tesoro, como si quisiéramos inventar el Evangelio” (EG 233). Esta afirmación es clara y necesaria: venimos de un Dios, Palabra encarnada, y de una tradición evangelizadora, que no se puede enterrar. Pero ha cambiado la realidad. Los receptores de la evangelización son otros y otra su situación cultural. De esta realidad hay que partir. De ahí que “por otro lado, este criterio nos impulsa a poner en práctica la Palabra, a realizar obras de justicia y caridad en las que esa Palabra sea fecunda. No poner en práctica, no llevar a la realidad la Palabra, es edificar sobre arena” (EG 233). Esta distinta situación nos plantea con urgencia una actitud y una pastoral que encarne en obras lo que anunciamos con la Palabra.

## **7. Resumen interpelante de Francisco**

“¡No nos dejemos robar el entusiasmo misionero!” (EG 80).

“¡No nos dejemos robar la alegría evangelizadora!” (EG 83).

“¡No nos dejemos robar la esperanza!” (EG 86).

“¡No nos dejemos robar la comunidad!” (EG 92).

“¡No nos dejemos robar el Evangelio!” (EG 97).

“¡No nos dejemos robar el ideal del amor fraterno!” (EG 101).

“¡No nos dejemos robar la fuerza misionera!” (EG 108).

Son siete afirmaciones que comienzan por un “no”, pero manifiestan una contundente invitación a la reacción positiva que fortalezca en los cristianos lo que nos quieren robar tantos desafíos que pueden dejarnos “desnudos”, como al rey del cuento, sin entusiasmo, sin alegría, sin esperanza, sin comunidad, sin Evangelio, sin amor fraterno, sin fuerza misionera [...] sin fe.

Hemos recibido el encargo, la misión, la tarea de “id”, “salid”. Por eso “todos tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción” (EG 14). La evangelización, la misión, la pastoral no es montar una agencia de servicios religiosos, sino que implica una dinámica de desinstalación, de agilidad mental y cristiana.

Una Iglesia replegada, atrincherada sobre sí misma, es una Iglesia asustada que sigue viviendo encerrada en el cenáculo. Jesús ha sacado a los suyos del Templo, de los cenáculos y de los sistemas eclesíásticos: Id por todo el mundo.

El apremio y la insistencia de Francisco en una Iglesia en salida, podemos terminarla, después de estas reflexiones y propuestas, con la invitación que nos propone:

invito a las comunidades a completar y enriquecer estas perspectivas a partir de la conciencia de sus desafíos propios

y cercanos [...] de manera que no nos quedemos anclados en la nostalgia de estructuras y costumbres que ya no son cauces de vida en el mundo actual. Los desafíos están para superarlos. Seamos realistas, pero sin perder la alegría, la audacia y la entrega esperanzada. ¡No nos dejemos robar la fuerza misionera! (EG 108).

A lo mismo invita a los teólogos para que “no se contenten con una teología de escritorio” (EG 133).

Y una constatación de algo que pertenece a lo más profundo del núcleo de la vida cristiana. Es la clave de bóveda, junto con la fe y la caridad, de la existencia cristiana: la esperanza. Aunque algunos la sientan como una llamada desencarnada, consoladora para huir de la realidad, que hay que reseñar siempre para terminar “correctamente”. Sin embargo, cuando falta la esperanza, el agente de pastoral se instala

en el pesimismo, el fatalismo, la desconfianza. Algunas personas no se entregan a la misión, pues creen que nada puede cambiar y entonces para ellos es inútil esforzarse [...]. Se trata de una actitud autodestructiva porque el hombre no puede vivir sin esperanza: su vida, condenada a la insignificancia, se volvería insoportable [...]. Cristo resucitado y glorioso es la fuente profunda de nuestra esperanza, y no nos faltará su ayuda para cumplir la misión que nos encomienda (EG 275).

La actitud cristiana de la esperanza necesita ser acogida personalmente para que transforme nuestra vida. Necesita una espiritualidad, “la espiritualidad de la esperanza”. El Papa no la define teóricamente, sino que la describe de modo sencillo y sugerente que anima a quien está sostenido por la fuerza de

la esperanza teologal. Un cristiano con conciencia de saberse enviado al mundo, saborea y siente la fuerza de la esperanza.

Sabe bien que su vida dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo. Tiene la seguridad de que no se pierde ninguno de sus trabajos realizados con amor, no se pierde ninguna de sus preocupaciones sinceras por los demás, no se pierde ningún acto de amor a Dios, no se pierde ningún cansancio generoso, no se pierde ninguna dolorosa paciencia... A veces nos parece que nuestra tarea no ha logrado ningún resultado, pero la misión no es un negocio ni un proyecto empresarial, no es tampoco una organización humanitaria, no es un espectáculo para contar cuánta gente asistió gracias a nuestra propaganda; es algo mucho más profundo, que escapa a toda medida [...]. El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere; nosotros nos entregamos, pero sin pretender ver resultados llamativos. Sólo sabemos que nuestra entrega es necesaria. Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa (EG 279).

La esperanza cristiana es realista, tiene los pies en la tierra. Si no fuera así, entonces sí se convertiría en un angelismo castrador e ineficaz que no tiene ningún fundamento en la realidad ni en el Evangelio. Es sugerente que Francisco nos proponga la necesidad de la esperanza desde una situación que él valora mucho y a la que sigue haciendo referencia en sus intervenciones. Es el diálogo y la escucha a los ancianos y a los jóvenes como paradigma del encuentro del pasado y del presente para construir un futuro más pleno para todos:

Espero que tengan en cuenta que, cada vez que intentamos leer en la realidad actual los signos de los tiempos, es conveniente escuchar a los jóvenes y a los ancianos. Ambos son la esperanza de los pueblos. Los ancianos aportan la memoria y la sabiduría de la experiencia, que invita a no repetir tontamente los mismos errores del pasado. Los jóvenes nos llaman a despertar y acrecentar la esperanza, porque llevan en sí las nuevas tendencias de la humanidad y nos abren al futuro, de manera que no nos quedemos anclados en la nostalgia de estructuras y costumbres que ya no son cauces de vida en el mundo actual. Los desafíos están para superarlos. Seamos realistas, pero sin perder la alegría, la audacia y la entrega esperanzada. ¡No nos dejemos robar la fuerza misionera! (EG 108).

Mi conclusión final quiere ser la de Francisco en estos tres últimos textos presentados:

“Cristo resucitado y glorioso es la fuente profunda de nuestra esperanza, y no nos faltará su ayuda para cumplir la misión que nos encomienda” (EG 275).

“El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere; nosotros nos entregamos, pero sin pretender ver resultados llamativos. Sólo sabemos que nuestra entrega es necesaria” (EG 279)

“Seamos realistas, pero sin perder la alegría, la audacia y la entrega esperanzada” (EG 108).

## **Bibliografía**

FRANCISCO, “Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*” (24.11.2013), Paulinas, Lima 2013.